



El tejo rojo

Una **bruja** está
borrando
la **Ciudad**



RAQUEL MÍGUEZ

 DYLA R

7



Pizza Boloñesa

Presentí que mi salvación estaba detrás de aquella puerta. Como si al atravesar la verja me fuera a convertir en un superhéroe y a borrar de un soplido a los *taraos*. O como si, una vez dentro, *los taraos* se fuesen a convertir en humo.

Cuando me meto en líos, de repente empiezan a pasar por mi cabeza, a toda velocidad, ideas tan idiotas como esas.

Los *taraos* me habían pillado al salir del colegio. Me dio un vuelco el corazón cuando oí la voz de Julián:

—¡Eh, mirad quién se va a cagar hoy en los pantalones!

Eché a correr como un loco, con los tres *taraos* pisándome los talones. Por suerte soy

rápido y enseguida les saqué ventaja, pero cuando estaba a punto de dejarles atrás doblé por un callejón y me di de narices con la puerta de hierro, que cortaba el paso.

Miré el jardín y el caserón a través de las rejas. Parecían abandonados. En la puerta de entrada y en las ventanas había tablones de madera clavados en cruz y los hierbajos me llegaban hasta las rodillas.

Por primera vez en mi vida me alegré de ser flaco: había tan poco espacio entre los barrotes que se me rompió un trozo de la camiseta y me hice un arañazo en la barriga, pero conseguí colarme.

Di un par de zancadas antes de tirarme al suelo. Por segunda vez en mi vida me alegré de ser flaco y por primera de ser bajito. Cruzar la verja no me había convertido en un superhéroe pero, en lo que tardas en tragarte un chicle, desaparecí. Los hierbajos me escondieron, como a las lagartijas que habían salido corriendo en todas las direcciones.

En el momento en que me tiré al suelo pasaron dos cosas: empezó a oler a pizza y me empezaron a rugir las tripas. No lo



supe hasta después, pero estaba aplastando una mata de orégano con la barriga.

Aunque parezca increíble me entró hambre. Me acordé de los condenados a muerte, que pueden elegir su última comida.

—¿Dónde se ha metido el enano *comeletras*? —oí preguntar a Julián.

Ese era yo.

Intenté tranquilizarme y respirar sin hacer ruido; recordé que las rejas eran muy altas y que terminaban en punta de flecha. No podrían trepar.

—Se ha esfumado.

—No se puede haber esfumado. Tiene que estar aquí: Toño, entra tú.

Toño era el más canijo de *los taraos*. Tenía nueve años y solo era un poco más alto que yo.

El corazón me empezó a latir como los tambores de las procesiones de Semana Santa. *No podrán pasar, no podrán pasar, no podrán pasar*. Pensé en la herida que me había hecho al traspasar el portón de hierro, tan estrecho, y en que Toño no era tan flaco como yo.

—No puedo. —Le oí decir.

Desde donde estaba solo les veía los pies.

—Se ha metido por el callejón, así que tiene que estar aquí dentro.

—Pues entre las rejas no se ha podido colar. Y tampoco ha podido saltar, son muy altas.

Entonces ocurrió lo peor: mi móvil empezó a sonar. Sabía que era mamá, porque me llama todas las tardes desde el trabajo. Apreté los ojos y dejé de respirar.

De repente ya no se oían el ruido del tráfico, las voces de los *taraos* ni los latidos de mi corazón, que se había parado. De repente, el único sonido de la ciudad era la música de mi móvil.

A cámara lenta, para no agitar los hierbajos, arrastré el brazo por el suelo hasta el bolsillo de atrás de los pantalones. Metí la mano y corté la llamada.

—¡Mirad! —gritó Julián—. ¡Ahí!

Cerré más fuerte los ojos y pensé que, si los apretaba bien, me volvería invisible. O me convertiría en una lagartija...

Cuando los abrí, *los taraos* habían echado a correr y se alejaban por el callejón. El teléfono volvió a sonar.

—¿Mamá?

—¿Guillermo, dónde estás?, ¿por qué me cuelgas? ¿Y por qué hablas tan bajo?, ¿te pasa algo?

—Es que estoy un poco afónico —le mentí.

—Pero si esta mañana te levantaste perfectamente... ¿Dónde estás?

—En la calle. Que hoy no he cogido el autobús.

—Bueno, pues no te entretengas. Ya sabes que no me gusta que andes toda la tarde por ahí. Y menos con ese catarro.

—Ya, pero hace muy bueno, mamá, no me apetecía meterme en el bus.

—Vale, vale. No te olvides de merendar, ¡y haz los deberes!

—Jo, mamá, siempre hago los deberes.

—Si tienes alguna duda, luego te ayudamos, ¿vale?

—Vale, mamá.

—Un beso, mi vida.

Tardé un poco en levantarme. Aunque había oído las voces de los *taraos* cada vez más lejos, seguí escondido un rato. No me podía creer que se hubieran marchado precisamente en el momento en que mi móvil había empezado a sonar.

Por fin me levanté. Me sacudí los pantalones, inspeccioné la herida de la barriga, que había sangrado un poco, y me acerqué al portón. Metí un hombro y una pierna y, cuando iba a colar el resto para salir al callejón, oí un siseo a mi izquierda.

Ahí estaba, enroscada en uno de los barrotes, la razón por la que los *taraos* se habían largado... Apreté la boca, me separé de la puerta despacio y di un paso atrás.

La serpiente me miró y empezó a deslizarse hacia el suelo. Me quedé parado y, sin quitarle los ojos de encima, di otro paso atrás y luego otro.

Llegué a los escalones de piedra que terminaban en la puerta del caserón y empecé a subir. Entonces, cuando quedaban un par de peldaños, volvió el olor. Era el olor a pizza de antes, con algún ingrediente

extra. Como si además de queso y orégano, le hubieran añadido tripas podridas.

Miré atrás. La serpiente había empezado a reptar por las escaleras.

Subí de puntillas los peldaños que quedaban hasta la puerta, puse la mano en el picaporte y presioné. No esperaba que cediese, pensé que estaría oxidado o algo así... pero cedió.

Lo solté como si me hubiese mordido y retrocedí. Entonces, uno de los tablones se desclavó y empezó a caer hacia abajo a trompicones, como las agujas de un reloj a punto de quedarse sin pilas.

Miré atrás otra vez: la serpiente había cambiado de dirección y desaparecía entre la hierba.

Bajé los escalones de tres en tres y corrí de vuelta a la verja. Metí un hombro entre los barrotes, encogí la barriga para pasar y entonces, a mi espalda, la puerta del case-
rón chirrió al abrirse.

Ya sé que me tenía que haber largado de allí. Que entrar en aquella casa no era buena idea. Que era la peor idea, pero volví sobre mis pasos y entré: entré en un

caserón abandonado que olía a pizza de tripas caducada.

Crucé la puerta y me encontré con otra que cerraba el paso. En cuanto puse la mano en la segunda puerta, me arrepentí de no haberme largado, porque la de la entrada se cerró de golpe y me quedé a oscuras.

A tientas, busqué el picaporte y traté de abrir, pero ya no se movió.

Me entraron ganas de gritar.

Presioné hacia abajo con todas mis fuerzas, me colgué de él como un mono, pero no conseguí que el picaporte se moviera ni un milímetro. Ni una milésima de milímetro. Entonces me di la vuelta y avancé hasta la otra puerta a tientas, con los brazos extendidos. Empujé y se abrió de par en par.

Durante un momento me cegó la luz del sol, que entraba por la claraboya del techo. Frente a mí, una escalera de madera gastada llevaba a la planta de arriba.

—¡Pasa de una vez! —Di un salto y corrí de vuelta a la entrada. La voz había retumbado en mi cabeza como si estuviera metido dentro de una campana.

—¿Vas a pasar o te vas a quedar ahí?

Me pareció que mi corazón había crecido hasta el tamaño de una pelota de baloncesto. Apenas podía respirar.

—¡No puedes salir, así que entra! —insistió la voz, ronca como la del ogro Buscapelos—. Te estaba esperando.

Solté el picaporte y atravesé el vestíbulo despacio. Pasé por delante de la escalera de madera y asomé la cabeza por una puerta con forma de arco: era la entrada a la cocina del caserón.

En medio, frente a los fogones, una mujer muy alta y muy flaca revolvía con un cucharón de madera el contenido de una olla enorme. Tenía la nariz como una berenjena pocha y los pelos como una cuerda deshilachada.

Hizo una señal con el dedo para que me acercase y obedecí. El olor a tripas podridas era mucho más fuerte allí dentro.

Me temblaban las piernas.

—Bueno, bueno —dijo—, no eres exactamente lo que esperaba...

La cocina era casi tan grande como

toda mi casa. Del techo colgaban cazos, sartenes y ramos de hierbas secas. Las paredes estaban repletas de cosas: estantes con libros amontonados, botes de cristal llenos de líquidos oscuros, un peso como el de la carnicería, ollas de todos los tamaños, cuencos, teteras, una bola del mundo amarillenta, varios frascos con plumas de pájaro...

Estaba distraído mirando aquí y allá, y no me di cuenta de que la mujer se había acercado y daba vueltas a mí alrededor.

—Hum... Demasiado escuchimizado... flaco, ¿cuántos años tienes?

—Ocho.

—¿Ocho? ¡Había pedido uno más tierno!

Pensé que nadie pide un niño así, como quien pide una pizza, salvo que sea para zampárselo.

Sentí un escalofrío.

—No digas tonterías, no te he hecho venir para comerte aunque... —Acercó su nariz a mi cabeza. Aquella mujer olía peor que la tapa de una alcantarilla—. Aunque serías un manjar... un auténtico manjar.

—Yo no he dicho nada —dije sin respirar.

—No lo has dicho, pero lo has pensado.

Volvió a su cacerola, cogió el cucharón de madera y revolvió.

Respiré otra vez.

—¿Usted lee el pensamiento?

—Claro.

—Pensé que el caserón estaba abandonado —dije, echando otro vistazo a las paredes.

—Todo el mundo lo piensa. Y tú no le dirás a nadie que no es así —me ordenó, sin apartar la vista de la cacerola—. Lo que pase aquí solo lo sabremos tú y yo.

No sé si fueron los vapores de la cocción o algo que se le metió en la nariz lo que la hizo estornudar. Dos mocos transparentes, gordos como dedos, quedaron colgando de aquella *napia* de calabacín. Abrí las aletas de la mía y apreté la boca, para aguantarme las ganas de vomitar.

—¿Qué miras? —preguntó mientras se

limpiaba con la manga—. ¿Nunca has visto un moco?

—Bueno... tan enormes como los suyos, no. Es que usted parece una... una... una...

—¿Una qué?

Tragué saliva.

—Una... bruja —añadí, en voz baja.

—Soy una bruja —dijo ella como si tal cosa, antes de volver a su cocción.

—¿Una bruja? —repetí—. ¿Una de verdad?

—¡Claro que soy de verdad! ¿No me estás viendo?

—¿Pero una de esas... de esas que vuelan en escoba y que comen...? —Volví a tragar saliva—. ¿De las que comen niños?

Dejó de revolver y estiró los brazos hacia un rincón donde había un par de escobas.

—Te enseñaré una cosa —dijo.

Chascó los dedos y, al instante, una de aquellas escobas se separó de la pared y atravesó la cocina hasta sus manos.

—Aquí la tienes —me dijo—: la esco-
ba de una bruja.

Oí un siseo familiar y miré hacia la en-
trada: la serpiente del jardín había entrado
en la cocina y se me acercaba lengüetean-
do. Cuando estuvo frente a mí, se incorporó
como si bailase al son de la flauta de un
faquir.

Me aparté hacia atrás.

—Deja de hacer el payaso, Sierpe
—ordenó la bruja, volviendo al cocido—.
Hace dos o tres siglos que no vemos un
niño. Sierpe te ha querido impresionar.

—Me... me tengo que marchar —dije.

—No, no te vas a ninguna parte —
contestó ella, señalándome con el cucharón
chorreante de caldo—. Te he hecho venir
para algo.

De golpe, el corazón me creció otra
vez como si me fuera a estallar.

Apreté la boca y miré de reojo hacia la
puerta de la cocina.

—¿Qué te parece, Sierpe? —añadió
la bruja, relamiéndose—. ¿Nos lo come-
mos crudo o lo cocemos un poco? Parece



bastante tierno. No hará falta más de una hora para que esté en su punto.

Me miré los pies y cerré los ojos. Como si al abrirlos, la bruja y la serpiente pudieran haberse convertido en humo. Como si yo hubiera podido convertirme en un superhéroe...

Di un respingo cuando sentí su voz susurrándome al oído.

—No seas tonto, niño. Los superhéroes no existen más que en los cuentos y en las películas.

«Mira quién lo va a decir», pensé sin querer.

—¡No me compares con uno de esos payasos! —Se separó de mí y volvió a los fogones—. Hace siglos, hicimos un trato con los hombres. Ellos no volverían a quemar a ninguna bruja y, a cambio, nosotras no nos acercaríamos a ellos ni a sus niños. Antes de eso, no pasaba una semana sin que convirtiera a un príncipe en sapo o a una oruga en reina. Y una vez, para Nochebuena, horneé a tres pequeñajos...

La bruja había dejado de revolver y miraba a ningún sitio.

—Pero estoy a régimen de críos desde que el condenado de Hansel me hizo el truco del hueso de pollo —dijo, volviendo a su cocción—. ¿Has leído algo sobre ese niño? Tenía una hermana que...

Asentí.

—Entonces ya sabes cómo me la jugó ese mocoso. No era más que un tonto sin sentido de la orientación. Pero puedes estar tranquilo, no te voy a comer.

Se dio la vuelta y se acercó al horno. Cuando lo abrió no pude evitar una arcada.

—Tengo una sorpresa para ti —me dijo.

El olor a tripas podridas se hizo insostenible.

—¡Pizza! —exclamó. La colocó en un plato, cogió una porción y me la ofreció.

—Gracias, no tengo hambre.

—Esto se come sin hambre, niño. La bolloñesa es tu preferida, ¿verdad? Le he puesto queso, tomate y rabitos de ratón, que le dan un toque crujiente parecido al de las orejas de cerdo. Ah, y le he añadido un

poco de orégano, de la mata que crece en el jardín y que aplastaste antes con la barriga.

Cogí aire.

—De verdad que no tengo hambre, gracias.

—¡Bah!, cachorros humanos. Ahora recuerdo que no os gustan los sabores nuevos. Es igual, la de rabitos me la comeré yo.

Chascó los dedos y volvió a abrir el horno, de donde sacó otra pizza.

—Para ti servirá una precocinada —dijo.

Olía muy bien, pero había salido del mismo sitio que la de rabitos de ratón. Cogí una porción, mordí una esquina con asco... ¡pero resultó la boloñesa más rica que había comido en mi vida!

Mientras merendábamos, la bruja me fue explicando la misión que la había traído a la ciudad y por qué me había hecho entrar en su casa.

La escuché sin pestañear.